

PROBLEMAS DE PASTORAL EN GRANDES CIUDADES Y PLANES DE PASTORAL

(Una aportación de la Diócesis de Zaragoza)

FRANCISCO MARTÍNEZ

EL SÍNODO DIOCESANO: UN NUEVO INTENTO DE ABORDAR LOS PROBLEMAS Y LOS PLANES PASTORALES.

1. Describir los problemas y los planes pastorales de la Ciudad equivaldría a hablar de todo lo humano y divino. No planificar sería signo de apatía e individualismo. Confiar excesivamente en los planes, sería incurrir en la tentación nada evangélica de la eficacia. Lo que siempre tendrá validez, será el ofrecimiento de un testimonio sencillo y sincero. Esto se logra indudablemente cuando en nuestra Institución formal, venerable y milenaria, sabemos encontrar el nuevo estilo de esta divina informalidad que implican la encarnación de Cristo, su mensaje y su vida, viviendo en radical cercanía del hombre y de sus problemas.

Por ello, en consideración a los minutos que me están asignados, valorando muy positivamente las opiniones de mis amigos, los Vicarios, y como aportación de comunión y afecto a la Archidiócesis de Madrid, me limito a presentar un hecho-testimonio que en Zaragoza estamos viviendo como un nuevo intento de conocer los problemas urbanos y de planificar más evangélicamente la pastoral. Me refiero al Sínodo Diocesano. Con ello espero no salirme del objetivo propuesto.

2. El Sínodo Diocesano de Zaragoza fue concebido desde los comienzos no como una acción pastoral añadida o paralela, sino como un nuevo impulso en la pastoral de cada día y en todos los sectores.

3. Fue pensado como un proceso de renovación de la conciencia eclesial; como búsqueda de la identidad cristiana en el contexto de nuestra sociedad concreta.

4. El Sínodo debería implicar muy intencionadamente, ya desde los comienzos, una verdadera experiencia religiosa, de forma que lo pretendido no fueran sólo unos objetivos finales, sino, también, el sentirse ya caminando, viviendo la Iglesia y actuando como Iglesia.

5. Esta experiencia religiosa debería alcanzar a todos los grupos: sacerdotes, religiosos, seglares; y a todas las instituciones religiosas: parroquias, comunidades, movimientos; a todas las edades; y debería resonar también, como vivencia, ante los ambientes alejados.

LOS ANTECEDENTES DEL SÍNODO.

1. En el año 1978, el Arzobispo, oídos los Vicarios, Arciprestes, Parrocos, Consejo Presbiteral, Consiliarios, dirige una carta a la Comunidad Diocesana proponiendo estos objetivos fundamentales de acción pastoral:

a) La evangelización, realizada con sentido de misión, y alcanzando a todo el hombre y a todos los hombres, pretendiendo la conversión y la renovación de los modelos de convivencia social según los valores evangélicos.

b) El avivamiento del sentido de comunidad.

c) La renovación espiritual basada en el principio de que la pastoral no es un problema de organización o de métodos, sino, ante todo, de conversión espiritual.

2. Hacia el año 1980, el Consejo Presbiteral, en el que entre otros miembros se encontraban los 27 Arciprestes de la Diócesis, comenzó en un movimiento continuo, de sístole y diástole, como si de un corazón se tratara, a impulsar el trabajo desde el Consejo a las Parroquias y desde las Parroquias al Consejo. Durante tres años se hizo una reflexión pastoral dinámica y práctica, que representó un verdadero proceso de profundización. Se elaboraron las siguientes líneas de acción:

a) Modelo de Iglesia que queremos construir.

b) Propuestas al tema sobre el ministerio y vida de los sacerdotes: aspectos espirituales, culturales, económicos y vida de relación.

c) Corresponsabilidad, carismas y ministerios en nuestra Iglesia.

d) Hacia una pastoral misionera.

Todo el trabajo quedó reflejado en una publicación que fue difundida ampliamente. Las reuniones pastorales se vieron enriquecidas, se produjo cierta distensión entre corrientes divergentes, y aumentó el interés y la participación.

3. El caminar por estas pistas hizo nacer, en la misma base, la idea de un Sínodo Diocesano. A comienzos de 1983 el Arzobispo, acogiendo la iniciativa, dirige una carta a todos los diocesanos consultando sobre su oportu-

nidad. Decía: «Esta puede ser la ocasión de que la Iglesia de Zaragoza haga su revisión y puesta al día, según el espíritu del Vaticano II, con el esfuerzo y participación de todos los cristianos».

Más de 2.000 respuestas inmediatas impulsaron la idea del Sínodo reflejando los deseos prioritarios de potenciar la corresponsabilidad de todos, y en especial la promoción de los seglares. Con las respuestas de sacerdotes, religiosos y laicos se formularon unas listas de temas preferenciales.

4. En noviembre de 1983 se presentó a la Comunidad Diocesana un anteproyecto de Sínodo Diocesano.

REALIZACIÓN DEL SÍNODO DIOCESANO.

1. Después de casi un año de reflexión, y teniendo en cuenta las aportaciones de todos, cada vez más numerosas, se llegó, en octubre de 1984, a la elaboración y presentación del proyecto definitivo. En el mismo quedaban reflejadas las características más importantes:

- a) Se quería un Sínodo pastoral y práctico.
- b) Que fomente la experiencia de fe personal y comunitaria.
- c) Evangélico y eclesial.
- d) Comprometido con la realidad existente en la Diócesis.

Definitivamente quedaron perfilados los objetivos fundamentales:

- a) Una Iglesia comunión.
- b) Una Iglesia corresponsable.
- c) Una Iglesia evangelizadora, misionera y comprometida con las realidades temporales del mundo.

2. Como cauce de participación fue prevista la formación de grupos radicados en Parroquias, Movimientos, Comunidades, etc. Se constituyeron, también, el Consejo Diocesano del Sínodo, la Comisión Permanente, una Secretaría General, las Secretarías de las Vicarías Territoriales y Sectorial, y las Comisiones de Información y propaganda, Formación y dinámica de grupos, Redacción de materiales, Reglamentos, Oración y Liturgia, Economía.

3. Quedaron también establecidas las dos fases del Sínodo:

a) Curso 1984-85: bajo el tema «La Iglesia es una Comunidad de creyentes en la que todos somos corresponsables».

b) Curso 1985-86: bajo el tema: «La Iglesia tiene como misión anunciar el evangelio al mundo, compartiendo sus angustias y esperanzas».

4. a) En este momento del Sínodo se dieron normas para la formación de grupos sinodales y para el funcionamiento de los mismos.

b) Se puso gran interés en hacer una intensa iluminación sobre la peculiaridad del diálogo en la Iglesia como reflejo del diálogo de Dios con su Pueblo. Se divulgaron ampliamente los textos, sobre el particular, del Vaticano II y de Pablo VI.

c) Se establecieron los Reglamentos: el de los Grupos (trabajo de septiembre a marzo), el de las Asambleas Parroquiales (trabajo de abril a mayo), el de las Asambleas de Vicarías (trabajo en junio), y el de la Asamblea Diocesana (septiembre).

d) Las propuestas de los Grupos eran refundidas y reformuladas en las Asambleas Parroquiales; éstas lo eran, a su vez, en las Asambleas de Vicarías; y éstas, en la Asamblea Diocesana.

e) Como material de trabajo para cada uno de los dos años, se han publicado sendos temas base. Junto al tema de cada año, se publicaron unas hojas populares, sencillas, numeradas en función de las progresivas reuniones, sugiriendo elementos para la iluminación y para el compromiso.

f) La participación activa en el Sínodo ha alcanzado a 10.000 personas distribuidas en algo más de 1.000 equipos. La Asamblea Diocesana la formaron 580 personas, de las cuales, 108 eran sacerdotes, 28 religiosos, 49 religiosas, y 394 seglares. Estos dan un 68% del total.

PROPUESTAS FINALES DE LA PRIMERA ETAPA.

Concluyó la primera etapa del Sínodo. La Asamblea Diocesana del Sínodo formuló 30 Propuestas que fundamentalmente hacen referencia a:

— La formación de Consejos Pastorales: parroquiales, de Vicaría y de Parroquias.

— Mayor atención a la pastoral juvenil y de adolescentes.

— Intensificación de la formación, en parroquias y movimientos, para la solidaridad, la justicia y la comunicación de bienes.

— Mayor presencia de seglares en la acción evangelizadora.

— Transformación de las parroquias en comunidad de comunidades y mayor consideración de la Iglesia Diocesana como comunidad una y unida.

— Potenciación y multiplicación de las obras de acción caritativa y social en las parroquias para un mayor compromiso frente a los problemas del paro, la marginación, ancianidad, transeúntes, droga. Mayor vinculación de este compromiso con las celebraciones de la Eucaristía.

— Mayor cercanía del obispo y vicarios con las comunidades.

— Formación permanente de sacerdotes y laicos.

— Diálogo y compromiso con la cultura de nuestro tiempo.

— Mayor coordinación de las acciones pastorales entre sí, y singular-

mente, mayor coordinación de todas las instituciones de acción caritativa y social.

— Intensificación de la oración; potenciación de la catequesis; de la pastoral obrera; urgir los directorios pastorales; impulso a los ministerios de los laicos, pastoral de la familia y de la enseñanza en la Escuela.

EN LA SEGUNDA ETAPA DEL SÍNODO.

Actualmente nos encontramos a mitad de camino de la segunda etapa del Sínodo. Se ha trabajado, hasta el momento, en temas comunes sobre la evangelización de la Iglesia. Ahora los grupos se están diversificando en función de temas monográficos que versan sobre: Pastoral de niños, de la juventud, del matrimonio y familia, sobre el diálogo fe-cultura, la marginación, Pastoral Obrera, Pastoral Rural, Pastoral de enfermos, Sacramentos y evangelización.

Esperamos que la luz y el compromiso, convergiendo desde distintos lugares y grupos, nos ayude a todos a elevar el clima pastoral.

CONCLUSIONES.

a) *Hacia un nueva conciencia.*

1. En los grupos, asambleas, apelaciones, etc., ha aumentado la referencia a Cristo como motivo absoluto, relativizando protagonismos exagerados.

2. Madura la imagen de una Iglesia concebida como Pueblo de Dios, como comunidad en un mismo Espíritu, en la que se van integrando progresivamente transcendencia y realidades temporales, espiritualidad y seglaridad. Las doctrinas se van resituando más en la experiencia; el magisterio en el evangelio; los representantes en el Representado. Se camina hacia unas celebraciones más vivas y más participadas cuyo contenido se va nutriendo más de la vida real, de sus tensiones y acontecimientos. Se abre paso una liturgia vista como acontecimiento actual de salvación, no como simple ritualismo o pura representación en diferido de hechos pasados.

3. Se aviva la comprensión de un laicado con misión y tareas propias; no como brazo de la Jerarquía, ni como colonia espiritual que todavía no ha resuelto su autonomía y madurez; sino como encarnación de valores evangélicos en los asuntos temporales, mediante una seglaridad responsable, servicial y solidaria.

4. Progresa la conciencia de la seglaridad como vocación de Dios, como búsqueda del Reino de Dios aquí y ahora, como responsabilidad ante el progreso de la vida y del trabajo del hombre en el mundo; como versión actualizada del mandamiento nuevo; como espiritualidad y evangelización específi-

ca de los seglares que consagran en verdad y bondad el templo del mundo y de la historia como realidades que responden a la voluntad de Dios. Lo cual nos dice que la autenticidad de una evangelización del futuro, pasa por una comunidad en la que no sólo se da una palabra dicha con el poder del Espíritu, sino también, una seglaridad amable, servicial y solidaria.

5. En un Sínodo en el que toman parte los fieles, éstos asimilan más aceleradamente el Vaticano II que en otras circunstancias comunes.

6. Nace y se aviva la conciencia de diocesanidad.

7. Las reuniones sinodales son momentos singulares de comunicación y comunión en los que los representantes de sectores e instituciones se dirigen a muchos diciendo qué hacen, con quién, cómo. Se crea información, se estimula la coordinación. Se experimenta la alegría por lo que está bien y tiene futuro. Se siente pudor por lo que carece de razones y está anticuado. Se ponen en primer plano las necesidades mayores, las zonas oscuras, los sectores menos atendidos...

8. Las situaciones humanas de sufrimiento, dentro de la urbe, se convierten para los creyentes en un clamor y una interpelación: el desarraigo e inseguridad de los emigrados, la soledad anónima de los enfermos en los hospitales, el abandono de los ancianos, la angustia del paro, el aumento de pobres anónimos, la marginación juvenil, la desatención de crónicos, desahuciados y terminales, los transeúntes, la droga...

Cuando hablan los responsables de las instituciones caritativas y sociales, las situaciones de muchos hombres interpelan evangélicamente a todos. Los pobres no sólo nos conmueven: nos evangelizan. Se agiganta el deseo de ir a los pobres, aflora un sentimiento de «bien-estar» eclesial, cuando se está con ellos y como ellos. La palabra «pobres» es menos ahora el arma arrojada de unos contra otros. Forma una preocupación común. Y con ello cunde la impresión de que los pobres nos van a devolver el verdadero rostro de la Iglesia, su profunda autenticación evangelizadora.

9. Una asamblea numerosa es curativa de viejas rutinas o de idealismos extremos. Al final, los defensores de la transcendencia hablan más de los pobres; y los que se significan por el compromiso, hablan más de Cristo y de la oración.

b) *El cambio de las actitudes.*

1. Las reuniones crean distensión y cercanía. Se estimula la esperanza y la participación. Crece la fe en el futuro.

2. Se afianza la convicción de que lo que evangeliza no es la estructura o los medios, sino las personas, y éstas no por lo que dicen, sino por lo que

hacen y son. Una renovación pastoral pasa por la conversión personal y comunitaria.

3. Se progresa en la capacidad de diálogo: se ven esfuerzos intentando salir de sí mismos, hacerse disponibles, saber escuchar y acoger, abrirse gratuitamente, creer en el otro, situarse en su punto de vista, tomarle en serio.

4. La distensión y la confianza crean un tipo de relación que atempera el ejercicio de la jurisdicción y potencia las apelaciones al principio de la comunión eclesial.

5. Se estimula la libertad de expresión, la confianza. Se vive la impresión de un nuevo golpe de luz que hace progresar la conciencia histórica de la imagen de la Iglesia. Esto nos ayuda a entender y aceptar que, hasta en la fe y en la pastoral, somos egoístas porque todos solemos jugar un poco a Dios, más allá de lo que Dios nos pide.

c) En el terreno de los comportamientos.

1. Un Sínodo de fieles estimula la necesidad en Parroquias, Comunidades, Movimientos, etc., de contar con todos, de elaborar unos planes mínimos de pastoral como superación de individualismos que son negación de la eclesialidad y comunión.

2. Se estimulan las asambleas, se potencia la participación, aumenta la representatividad.

3. Se multiplica el conocimiento de experiencias estimulantes, de acciones testimonio. Muchos encuentran cauces a su inquietud apostólica.

4. Saltan con claridad muchos problemas típicamente urbanos: distanciamiento de la juventud y contracultura religiosa, alejamiento de los obreros y hombres del pensamiento, complejo de catacumba de los que se sienten cristianos de siempre, alergia al asociacionismo activo y responsable, transferencia de una mística religiosa a una mística de la política y de los humanismos. Todo esto nos empuja a descubrir nuestra falta de adaptación, de realismo, nuestra falta de sencillez, de saber estar informalmente con los hombres y sus problemas.

5. Es un tópico general la afirmación de que el cristiano se ha secularizado. Esto puede resultar una afirmación ambigua. Porque, si es cierto que el hombre ha perdido sentido de lo eterno, también es cierto que nosotros, más exactamente los seculares, no hemos encontrado nuestra forma de estar en el mundo componiendo y arreglando según Dios los asuntos temporales.

6. Está surgiendo con más claridad la idea de hacerse presente donde el hombre está: lugares del ocio, de enfermedad, de trabajo, de la cultura.

Situaciones de inseguridad, de marginación, de sufrimiento. Valores de la convivencia, del bien común, de la solidaridad, etc.

7. Cada vez es mayor la exigencia de coordinación: de las diversas acciones pastorales entre sí, de las diferentes instituciones intraeclesiales, de los diversos ministerios y servicios. Va cundiendo la impresión de que Dios nos pide en este momento histórico un esfuerzo unánime y convergente para situar el testimonio evangélico en un máximo nivel de expresividad evangelizadora. Ello ocurrirá cuando la catequesis y las celebraciones de la fe confluyan en la caridad. Y cuando esta caridad, en lugar de aparecer como un conjunto plural de agencias y servicios independientes, aparezca como el testimonio de toda la comunidad una y unida. Porque la coordinación no es mero problema de método o de estrategia: afecta a la necesidad de conversión y a la expresión de la fe. La Iglesia evangeliza por su capacidad de amor y comunión. No por su eficacia económica o empresarial.

8. Cuando tanto nos preocupa el número de sacerdotes, el descenso de vocaciones y la insuficiencia de agentes de pastoral, yo no sé si el viejo gesto de Gedeón de contar con pocos para afrontar la batalla puede encerrar para nosotros un lenguaje simbólico. Desde luego, la evangelización no es sólo un problema de número. Depende en mucho de la calidad del testimonio. La Iglesia puede ofrecer este testimonio si sabe contar con el Espíritu que con nosotros está.

3 febrero 1986.